

## UNA ESCONDIDA CAUSA DE LA EMANCIPACIÓN SUDAMERICANA

*SERGIO MARTÍNEZ BAEZA*

(Sociedad Chilena de Historia y Geografía)

RESUMEN. La historia de las independencias fue escrita en el s. XIX bajo el predominio de las ideas racionalistas y anti españolas de la época, dando origen a un nacionalismo romántico que, por celo o por pudor, silenció ciertas causas de la emancipación. Entre estas, la influencia política y mercantil de Inglaterra, y su designio de dominar los mares, especialmente. El artículo estudia los planes ingleses para la independencia de Hispanoamérica: el de Miranda y la Logia de Londres hasta el de Maitland, pasando por los de Vansirat y otros, y su influencia en los proyectos de Bolívar y San Martín, prestando particular atención a la relación entre Bernardo O'Higgins y Lord Cochrane para cumplir tal propósito.

PALABRAS CLAVE: emancipación sudamericana, influencia de Inglaterra, Miranda, masonería, Maitland, Lord Cochrane, talasocracia.

ABSTRACT. During the XIX century the history of the independence of South America was written under of the rationalist and anti Spanish ideas prevailing in that epoch, ideas that giving rise a romantic nationalism who silenced certain causes of the emancipation, because or zeal or shame. Between this causes, specially, the England's political and commercial influence and her aim to be the master of the oceans. This article studies the England planes looking at the

Hispanic America independence: the Miranda and the London Loge's plan as far as the Maitland's one, including the Vansirat's and others proposal, and their influence under Bolivar and San Martín's projects. The author gives particular attention at relationship between Bernardo O'Higgins and Lord Cochrane in order to execute this purpose.

KEY WORDS: South American independence, England's influence, Miranda, masonry, Maitland, Lord Cochrane, talasocracy.

\*

Siempre me ha preocupado la veracidad de las versiones históricas, porque pienso, siguiendo al gran sabio don Andrés Bello, que la Historia debe ser la reconstitución de los hechos del pasado «buscando el historiador la verdad hasta el límite de lo posible». ¿Y, por qué ponía Bello este margen de error o de deformación, incluso bien intencionada de los hechos? Simplemente, porque todos los seres humanos, por muy objetivos que queramos ser, tenemos nuestros límites, estamos condicionados por nuestras circunstancias, al decir de Ortega y Gasset, para ver la realidad, más que cómo ella es, como quisiéramos que ella fuera.

En Chile se dio una polémica, en 1843, entre el sabio primer rector de la Universidad de Chile don Andrés Bello y el talentoso escritor don José Victorino Lastarria. El rector encargó a varios académicos la preparación de discursos anuales sobre temas de la historia patria. El primer trabajo de esta naturaleza fue confiado al joven Lastarria, que sólo tenía 28 años, y que redactó un largo estudio sobre la conquista y el sistema colonial de los españoles en Chile. Lastarria se limitó a consultar las obras del escocés William Robertson y del abate francés Guillaume Thomas François Reynal, verdaderos apóstoles de la leyenda negra contra España. Su disertación cayó en lo que él mismo calificó como un ensayo de filosofía de la historia, aunque en realidad no fue sino una muestra

de su falta de erudición histórica y desinterés por ver una realidad que deseaba sustituir por postulados preconcebidos<sup>1</sup>.

Don Andrés Bello le reprendió por su falta de objetividad, advirtiéndole que cuando la historia sustituye a la realidad con declamaciones útiles, no puede llegar a otro fruto que «a una especie de caos, que no produce agrado ni instrucción, a un resultado fútil, de ningún valor, que sólo puede cautivar a los espíritus más superficiales». Bello termina por recomendar a quienes se ocupen de hacer historia, que antes reúnan los materiales y después reconstruyan el pasado, con consulta de los documentos y no con las elucubraciones del raciocinio y las fantasías de la imaginación, coloreadas por las pasiones y las conveniencias.

Pero, el daño ya estaba hecho. Los planteamientos de Lastarria, basados en una profunda antipatía contra España y contra la Iglesia Católica, tuvieron gran influencia sobre los jóvenes de la época, que vieron con agrado la posibilidad de escribir la historia sin el fatigoso trabajo de la recolección y estudio de los materiales, a la hora de verter conceptos adecuados a sus propósitos u orientaciones.

Soy historiador del derecho, profesor de este ramo en la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile, y admirador del genio español que supo dar vida a un derecho propio para América, el llamado derecho indiano, que es un conjunto de normas o reglas jurídicas aplicables a sus posesiones ultramarinas. Este derecho indiano surgió como consecuencia de ser la realidad del Nuevo Mundo muy diferente a la vigente en la península. De los primeros fracasos de la aplicación en las Antillas del derecho castellano, los Reyes Católicos sacaron oportuna lección e iniciaron la dictación de normas expresa y exclusivamente para el Nuevo Mundo. Este Derecho Indiano tuvo, según todos los autores, las siguientes características: fue un derecho esencialmente evangelizador, desti-

---

<sup>1</sup> Diego BARROS ARANA, *Historia General de Chile*, Rafael Jover Impr., Santiago, 1884-1902, t. XXII, p. 453.

nado a extender la fe católica; fue protector del indígena; fue un derecho casuístico, adecuado a las cambiantes situaciones locales de vastos territorios; en él predomina el derecho público sobre el privado; es un derecho que considera las circunstancias propias de los súbditos según sus etnias y culturas; es un derecho no sistematizado que, dentro de lo posible, se asemeja al derecho castellano; y que se encuentra íntimamente vinculado a la moral cristiana y al derecho natural.

Lo expuesto demuestra que la Corona española tuvo una permanente preocupación humanitaria, respetuosa de los derechos de los indios, unida a una constante búsqueda de la justicia en el Nuevo Mundo, inspirada en el derecho natural y en la igualdad jurídica de conquistadores y conquistados. Sin embargo, el gran poderío de España, sobre todo en los tiempos del emperador Carlos V, despertó envidias, odiosidades y resentimientos en sus enemigos políticos. No debe olvidarse que los ejércitos españoles dominaban toda Europa y que el Viejo Mundo estaba convulsionado por la Reforma religiosa de Lutero y Calvino, y que Enrique VIII de Inglaterra había repudiado a su esposa española y roto con el Papado, dando vida a una iglesia nacional dependiente del monarca. Contra esta descomposición del mundo católico debió luchar España con medidas tan drásticas como la expulsión de los judíos y la prohibición de pasar a las Indias a los no cristianos o cristianos nuevos. Su decidido apoyo al Papa y el haber asumido el papel de ardorosa defensora de la fe, le significó a España hacerse de poderosos enemigos que utilizaron toda clase de recursos para dañar su prestigio. Así nació la «leyenda negra» que tuvo su primer auge en el siglo XVI y que volvió a tomar fuerza en la América de 1810, al iniciarse el proceso de nuestra Independencia.

Las emergentes naciones americanas surgieron apoyadas por los enemigos tradicionales de España, que buscaban sacar partido del desmembramiento de su gran imperio de ultramar. Entre los más decididos apóstoles de la causa antihispánica se contaron, como he dicho, el escocés Robertson y el francés Reynal, quienes

contribuyeron a diseñar la sesgada visión de una España cruel y explotadora, es decir, nos mostraron una realidad parcial y mal intencionada, ayudados, inclusive, por súbditos de España como lo fue el padre Bartolomé de Las Casas.

Nuestros historiadores del siglo XIX escribieron la historia del período fuertemente influenciados por la reciente guerra de emancipación.

De allí mi inquietud por buscar la verdad de nuestro pasado, en este caso, de las motivaciones que tuvieron nuestros antecesores para cortar las amarras de nuestra dependencia con España. Bien conocemos los argumentos dados por quienes vivieron en esa época o por los historiadores que utilizaron esos testimonios en abono de sus propias tesis. Pero, me sigue asaltando la duda acerca de si unos y otros no buscaron justificar su acción o ajustar la interpretación de los hechos a sus propias convicciones.

Cabe agregar que, además, en la primera mitad del siglo XIX se puso de moda un nacionalismo romántico que movía a nuestros historiadores a dar un carácter épico a toda acción de nuestros próceres, sólo podía estar inspirada en los más altos valores éticos y morales, olvidando que se trataba de simples seres humanos y, como tales, con sus insoslayables luces y sombras. Creo que han debido evitar el peligro de que alguna leve duda pudiese caer sobre la rectitud de sus actuaciones, y ello debió llevarles a exagerar su celo, a tender un velo sobre hechos dudosos, a interpretarlos con alguna maña o a silenciarlos con discreto pudor.

Sólo en las últimas décadas se ha comenzado a rectificar la errónea e interesada visión de una España sólo explotadora, a la que nada cabía agradecer, gracias a un proceso de revisión histórica emprendida por historiadores como el español Rafael Altamira, el argentino Ricardo Levene, el mexicano Silvio Zavala o el chileno Jaime Eyzaguirre, entre otros, que han querido mostrar el otro lado de la medalla.

Aunque yo no me considero un historiador revisionista, estimo de toda conveniencia mirar el proceso de nuestra Independencia

con una honesta visión de conjunto, que considere con mayor objetividad las causas y efectos de los acontecimientos y que no silencie nada, creyendo favorecer la imagen de quienes nos dieron patria y cuyos méritos nadie quiere afectar.

Al historiador Barros Arana, le tocó vivir la guerra contra España de 1866 y sufrir el cruel bombardeo de Valparaíso, escribió su Historia en 1884 y parece imposible que haya podido liberarse de esa influencia negativa. Además, el historiador pertenece a una corriente de pensamiento liberal y ateo, lo que también hace difícil que haya podido ser objetivo al tratar de la presencia de la iglesia católica en nuestra historia.

Señalo este caso sólo como un ejemplo de los límites que tiene todo individuo, también los más serios historiadores, para cumplir con honestidad con sus propósitos de ser objetivos frente a una realidad que, muchas veces, presenta más de una visión e interpretación.

Al señalar las causas de la emancipación de los pueblos hispanoamericanos, se suele repetir la frase de Turgot: «Las colonias son como las frutas: caen cuando están maduras»<sup>2</sup>. Sin embargo, cabe precisar mejor las circunstancias que provocaron la toma de decisión de las antiguas provincias ultramarinas de España para alcanzar su soberanía.

Sin duda, son muchas las llamadas causas de la emancipación americana, comenzando por las reformas borbónicas, la expulsión de los jesuitas en 1767, la Independencia de los Estados Unidos en 1776, la ideología revolucionaria francesa, la coyuntura económica, la influencia de la Iglesia, la invasión napoleónica a la península en 1808, etc. Creo, sin embargo, que tales acontecimientos despertaron la voluntad de unos pocos. Pero serían los agravios de la metrópoli, reales o imaginarios, y, sobre todo, la coincidencia de los intereses políticos de los revolucionarios americanos con

---

<sup>2</sup> Francisco Antonio ENCINA, *Historia de Chile*, Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1947, t. VI, p.7.

los intereses económicos de Inglaterra, los que darían cuerpo al proceso.

Resulta bastante extraño que no se encuentre en los textos de historia de las naciones que van desde México hasta Chile, una referencia al interés británico de apoderarse de los mercados americanos que España ha mantenido cerrados por tres centurias, que como causa es bastante evidente.

A fines del siglo XVIII el jesuita peruano expulso, Juan Pablo Vizcardo publicó su libelo Carta dirigida a los Españoles Americanos, en que preconizaba desembozadamente la Independencia. Asimismo, cabe mencionar a Francisco de Miranda entre los precursores de la emancipación continental, como también al venezolano Antonio Nariño y el jesuita mendocino Juan José Godoy, personalidades que fueron expresión del resentimiento criollo contra el trato peninsular. Miranda había sido procesado y perseguido, al igual que los jesuitas expulsados de sus países de origen. Ello le llevó a inspirar a otros para emprender la tarea de cortar los vínculos de dependencia de España. Y, a ello ayudó también el surgimiento del liberalismo político español que empujó a muchos descontentos con el régimen absolutista de los monarcas borbones a afiliarse en las huestes revolucionarias.

El instinto inglés advirtió en 1779 a Carlos III que el ejemplo de Estados Unidos le costaría la pérdida de sus colonias americanas. La reacción del político español Conde de Aranda, ministro de Carlos III, frente al hecho consumado de la independencia de los Estados Unidos, se contiene en una memoria presentada al monarca en 1783, en la que dice: «La independencia de las colonias inglesas queda reconocida y esto es para mí un motivo de dolor y de temor. España tiene muchas posesiones en América y desde hoy se halla expuesta a las más terribles convulsiones». Cree ver en el desarrollo de la nación del norte un enemigo peligroso para el dominio español en América, y propone la creación de tres monarquías tributarias: una, con México y Guatemala; otra, con Costa Firme, Nueva Granada y Venezuela; y, la última, con los

virreinos de Perú y Buenos Aires y la Capitanía General de Chile. Al frente de cada una propone nombrar a un infante de España. Su interesante proyecto fue rechazado «por ser más para deseado que para conseguido», según la expresión de su sucesor el conde de Floridablanca<sup>3</sup>.

No me cabe duda de que la influencia de la ideología revolucionaria francesa en la gestación de la independencia de América ha sido exagerada. El propio Francisco de Miranda acabó por abandonar la ideología de la Revolución Francesa, a la que juzgaba «funesta para la tranquilidad, y el progreso», y agregaba en 1796 «¡Dios nos libre de los principios jacobinos, como de la peste!»<sup>4</sup>.

También es cierto que en todo el continente un corto número de criollos y de españoles leían a los filósofos del siglo XVIII, Montesquieu, Rousseau, Diderot, D'Alembert, Holbach y, sobre todo, al abate Reynal, como también al escocés Robertson, pero ello no pasaba de ser un solaz especulativo, un pasatiempo intelectual, al decir del historiador chileno Miguel Luis Amunátegui<sup>5</sup>.

Mi propósito en este trabajo es escudriñar en el desarrollo de los hechos y en la biografías de algunos de los principales protagonistas de la emancipación continental, con la intención de encontrar las pruebas de que fue causa importante en nuestra Independencia el interés británico, y que ella ha sido soslayada intencionalmente por los historiadores, frente al temor de que pudiera confundirse la condición de muchos de nuestros próceres, que buscaban la autonomía de estos territorios, con la condición de verdaderos agentes al servicio de Inglaterra en sus ambiciones comerciales.

Puedo anticipar que, en principio, comparto la buena intención de nuestra historiografía de no permitir que ella pueda lanzar

---

<sup>3</sup> ENCINA, *Historia de Chile*, cit., t. VI, p. 34.

<sup>4</sup> ENCINA, *Historia de Chile*, cit., t. VI, p. 40.

<sup>5</sup> Miguel Luis AMUNÁTEGUI, *Ensayos biográficos*, 4 vols., Santiago, 1871-1896, p. 92.

la menor sombra sobre la actuación de los padres fundadores de nuestras nacionalidades. No cabe arrojar dudas acerca de la sana intención que los movió en su lucha tenaz y sacrificada para darnos la libertad, y creo firmemente, que ellos recibieron con agrado y gratitud la ayuda de Inglaterra, que contribuía al proceso que enfrentaban, aunque sus motivaciones fueran muy diferentes.

### **El interés político y mercantil de Inglaterra**

En nuestro proceso emancipador es importante la acción de Inglaterra y su permanente rivalidad con España. Aunque este distanciamiento pasó por muchas fases, los objetivos ingleses se mantuvieron inmovibles por alcanzar el predominio de los mares y el desvío, hacia Inglaterra, en la mayor medida posible, de los provechos de la colonización española en América.

En los primeros momentos, el negocio más lucrativo había sido la captura de las naves que conducían caudales, el saqueo de los puertos y de las ciudades inmediatas al mar. En plena paz, la reina Isabel I formaba compañías y daba patentes de corso a los piratas Hawkins, Drake, Morgan y otros, para repartirse las utilidades de sus empresas. Paralelamente, se fomentaba el contrabando. Desde que Inglaterra pasó de la etapa pastoril a la industrial y empezó a hilar sus lanas, tuvo que buscar mercados exteriores para sus paños. Sin sus mercados norteamericanos, como consecuencia de la Independencia de los Estados Unidos, volvió sus ojos a la América española.

Los antiguos bucaneros y filibusteros no emprendieron conquistas territoriales. Sólo se apoderaron de lugares que les servían de base de operaciones o de refugios. Pronto Inglaterra quiso tener predominio naval y amparar su comercio de contrabando; y en 1655 se apoderó de la fértil isla de Jamaica, con puertos de primera calidad, ubicada enfrente de los centros comerciales de Cartagena, Portobello y Veracruz. Desde antes poseía las pequeñas Antillas,

que España le entregó en 1670 por el Tratado de Madrid, a cambio de la promesa de concluir con los actos de piratería y corso.

Los objetivos ingleses siguieron siendo los mismos hasta el reinado de Carlos III de España, en que, sin variar en el fondo, sí variaron de forma. Surgió en Inglaterra el deseo de apoderarse de parte de algunos establecimientos españoles en América, para así ampliar sus bases comerciales y compensar la pérdida de sus colonias de la América del Norte. Además, resolvió estimular la independencia del resto, a fin de realizar con mayor libertad sus operaciones comerciales.

Los ingleses Sir John Hippisley y Sir Thomas Maitland, miembros del Parlamento, Robert Dundas, Vizconde de Melville, Sir Home Popham y otros, ajustados a la política británica de expansión de sus mercados, elaboraron diversos planes destinados a la captura mayor o menor de bases estratégicas en el Nuevo Mundo y a la conveniente emancipación de otras varias parcialidades.

Sir John Hippisley, había recibido a dos jesuitas expulsos, considerados precursores de la emancipación continental, el peruano Vizcardo y el mendocino Juan José Godoy, quienes le solicitaron en 1781 el envío de una expedición al Río de la Plata para apoyar el alzamiento de Tupac Amaru, pues la invasión del virreinato del Perú se sugería hacerla por la vía de Mendoza y Chile. Se sabe que Vizcardo trabajó para el servicio secreto del ministro Pitt, con una pensión de 300 libras esterlinas.

La idea de ocupar Sudamérica surgió en ese ambiente, durante la guerra de independencia norteamericana, cuando Francia y España prestaron su apoyo a los insurgentes. Después, la idea pareció marchitarse, aunque el gobierno inglés siguió considerando posibles acciones en Hispanoamérica, por propia iniciativa o a instancia de americanos exiliados, encabezados por Miranda en Londres.

Los planes de Robert Dundas y Nicolás Vansitart<sup>6</sup> de 1803, similares al de Mariano Castillo y Ramos, otro agente hispánico

---

<sup>6</sup> Rodolfo H. TERRAGNO, *Maitland & San Martín*, Editorial Universidad Nacional de Quilmes, Buenos Aires, 1998, p. 102.

al servicio de Inglaterra, parecen tener relación con el anterior; se propone la invasión de Chile para transformar a esta provincia ultramarina de España en una posesión británica y base de operaciones navales, militares y comerciales inglesas en la región. Cabe tener presente que desde la larga costa chilena se podría ejercer el dominio de toda la cuenca del Pacífico y comerciar con todas las ciudades aledañas a dicho océano. Para ello propone el envío de tres navíos de línea, que deberán desembarcar en la bahía de Valparaíso, con un contingente no inferior a 6.500 hombres.

Por su parte, Miranda es presentado en 1803 a Sir Home Popham, con quien desde entonces mantuvo una amistad de la que debía surgir el plan de este último, de una expedición al Río de la Plata. Al año siguiente, en 1804, Popham y Miranda preparan un nuevo plan donde se repite la misma idea. Según la opinión de Miranda, la población del Virreinato del Plata recibiría a los invasores ingleses como amigos y liberadores del yugo español.

Pero, las dos expediciones británicas al Río de la Plata en 1806 y 1807, no obtuvieron el resultado esperado, aunque fueron una contribución decisiva para la emancipación argentina y americana, pues dieron nacimiento a un sentimiento de patria en la población y la conciencia de su poder político, al haber logrado deponer al Virrey y formar un ejército para rechazar a invasor<sup>7</sup>.

## **La acción del Precursor Francisco de Miranda**

El llamado «Precursor» de la Independencia americana, había nacido en Caracas el 5 de abril de 1750, hijo de un rico comerciante canario, llamado Sebastián de Miranda, «cristiano viejo, de sangre limpia y honrada», no perteneciente a la nobleza como suele decirse, y de un muchacha caraqueña, Antonia Rodríguez y

---

<sup>7</sup> Tomás POLANCO ALCÁNTARA, *Miranda*, Edit. Ex Libris, Caracas, 1997, p. 170.

González, por cuyas venas parece haber corrido sangre negra, según varios autores.

En 1771 se traslada a España y adquiere una patente de capitán en la suma de 85.000 reales que le aporta su padre, y es incorporado al regimiento de infantería de la Princesa, bajo el mando del Mariscal de Campo Juan Manuel de Cagigal. En 1780 fue transferido al Regimiento de Aragón y partió hacia el Caribe en una expedición contra Inglaterra al mando de don José de Solano y Bote. Su triunfo en el sitio de Pensacola, permitió a España recuperar La Florida. De allí Miranda pasó a Jamaica y a La Habana, donde fue objeto de un proceso por contrabando y sufrió arresto en el Castillo de San Carlos de la Cabaña. Cagigal lo sacó de prisión para llevarlo a un ataque a las Bahamas, en que tuvo excelente desempeño. De regreso en La Habana, es nuevamente apresado para ser remitido a España. Pero, su jefe Cagigal le facilitó la fuga hacia los Estados Unidos y de allí pasó a Londres<sup>8</sup>.

Después, recorrió toda Europa, visitó Rusia, donde llegó a ser confidente de la emperatriz Catalina, haciéndose pasar por conde y por coronel de los reales ejércitos, sin serlo. De allí regresó a Norteamérica, donde conoció a Jefferson y a Hamilton y elaboró un plan «para la independencia y la libertad del continente sudamericano», que suponía la cooperación de Inglaterra. En 1790 llega a Londres y tiene una larga entrevista con Pitt, al que expuso su plan, para el cual necesitaba contar con 12.000 hombres y 15 fragatas. El ministro Pitt, envuelto en una disputa con España, lo atendió y alimentó sus sueños por un tiempo, hasta que el asunto terminó por enfriarse. Desilusionado, Miranda trató de obtener una pensión del gobierno inglés, fracasó y se fue a París a luchar por la Revolución, donde alcanzó el grado de general de brigada y el honor de que su nombre quedara grabado en el Arco de Triunfo, junto a otros héroes de Francia.

---

<sup>8</sup> POLANCO ALCÁNTARA, *Miranda*, cit., p. 34.

En 1798 estaba de regreso en Londres, siendo muy bien recibido por Pitt quien, seguramente, le concedió una pensión, como a otros agentes hispánicos, lo que le permitió vivir con decoro en la capital inglesa. En 1802 le encontramos instalado en su amplia casa de Grafton Street N° 28 (actualmente, 58, Grafton Way) en el barrio de Bloomsbury, con cuatro pisos y sótano, construida en 1792, con nueve habitaciones y varios salones. Fue su compañera Sarah Andrews y en esa casa nacieron sus hijos Leandro y Francisco. De allí salió en agosto de 1805 para una frustrada acción en Venezuela, durante la cual tuvo relación muy próxima con Lord Thomas Alexander Cochrane, el marino británico que después entraría al servicio de Chile.

En 1807 está de regreso en Londres, en su casa, la que él mismo califica de «punto fijo para la independencia y libertades del continente colombiano», que albergó también a la Gran Reunión Americana y a la dirección de un periódico El Colombiano.

Por ella pasaron casi todos los hombres que habrían de actuar más tarde en el proceso de emancipación continental. Miranda inculcó sus principios libertarios en individuos como Orellana, de Quito; Capelo, de Guayaquil; Bolívar, Palacios (seudónimo de Nariño), Gual, Sorondo y Zinza, de Caracas; Manuel Trujillo, de Bogotá; el canónigo Vitoria, de México; Monsalvo y Caro, de Cuba; Lanza, de Panamá, Francisco Ruiz y Juan Ascanio, de Huamanga; Gabriel Lardizabal, de Potosí; Pablo Olavide, Cesáreo de la Torre y Baquijano, de Lima; Bernardo Riquelme (O'Higgins), de Chile; San Martín, Alvear, Zapiola y Chilabert, del Río de la Plata.

Cabe recordar que fueron Andrés Bello y López Méndez los organizadores de la Gran Reunión Americana en casa de Miranda. Además, Zapiola dice que Simón Bolívar fue otro de sus fundadores.

La idea de extender el dominio británico a Sudamérica tuvo carácter permanente en Londres, antes y después de 1800. Tras perder a sus colonias del norte, y ante la posibilidad de que la Francia napoleónica se adueñara del continente europeo, Gran Bretaña

sintió la necesidad de expandirse. El desarrollo de sus industrias necesitaba de mercados para sus productos y estaba dispuesta a conquistarlos, con la ayuda de su poderosa armada. El proceso se inició en la India y en la Compañía de las Indias Orientales, cuyas oficinas en Londres fueron un verdadero cuartel general que acogió a todos los que querían nuevas conquistas, también en el Caribe y Sudamérica.

Entre los ingleses que formaron parte de este selecto grupo se contó el después todopoderoso ministro Henry Dundas, futuro Lord Melville, quien acogió el llamado plan de Nicolás Vansitart, futuro Lord Bexley, en 1796, titulado *Proposiciones para una expedición contra Hispanoamérica por el Océano Pacífico*. La idea era tomar Buenos Aires y, cuando el tiempo lo permitiera, rodear el Cabo de Hornos y establecer un asentamiento permanente en Chile y, más tarde, concluir hacia el Callao.

Vansitart destacaba que, «habiéndose adueñado de Chile, los ingleses podrían constituir una buena base naval y atacar el Callao y Lima con fuerzas combinadas, esto es, con un escuadrón naval procedente de la India y otro enviado desde Inglaterra»<sup>9</sup>. El plan Vansitart fue aprobado pero luego se lo canceló, cuando los crecientes problemas de Europa obligaron a la Gran Bretaña a concentrar su atención en ella.

Vansitart, por rara coincidencia, era colega de Tomás Maitland en el Parlamento y amigo de la más íntima confianza del general Miranda. Un autor venezolano, Polanco Alcántara, dice que el Primer Ministro nombró a Vansitart para que sirviera de intermediario entre Miranda y el gobierno inglés<sup>10</sup>.

---

<sup>9</sup> Robert SAUNDERS DUNDAS, vizconde de Melville, «Proyecto para tomar posesión del Reino de Chile por las armas de Su Majestad Británica», en *Revista Chilena de Historia y Geografía*, n° 67 (1929), pp. 63-75.

<sup>10</sup> Carlos A. FLORIA y César GARCÍA BELSUNCE, *Historia de los Argentinos*, Ediciones Larousse, Buenos Aires, 1993, t. I, pp. 235 y ss.

## La Masonería

La moderna masonería, fundada en Londres en 1717, resultaba ideal para prestar asistencia indirecta a los revolucionarios americanos. Entre los masones británicos los había de tanta importancia como el Príncipe Regente, futuro Jorge IV, quien había sido iniciado en 1787 por su tío, el Duque de Cumberland. En 1811, el príncipe era Gran Maestro de la Moderna Masonería Constitucional Inglesa<sup>11</sup>.

Diversos autores vinculan a Francisco de Miranda con la masonería, institución que fue muy útil al servicio de la causa libertaria de la América española. En su diario anotó varias visitas a las logias europeas y en su biblioteca tuvo numerosos libros masónicos. Según la historiadora venezolana Blanco-Fombona de Hood, habría pertenecido a una Logia llamada La Paz<sup>12</sup>.

En 1807 Miranda fue a Cádiz a establecer una logia en ese puerto español, el único abierto al comercio americano tras la invasión napoleónica a la península. Fue la llamada Sociedad de Lautaro o de los Caballeros Racionales, creada como logia irregular y afiliada a la Gran Reunión Americana que funcionaba en Londres, en la casa de Grafton Street. En 1808 llegó a contar con cuarenta miembros, incluyendo a algunos notables españoles. Los de primer grado debían jurar servir a la causa de la independencia de Hispanoamérica.

Muchos próceres americanos, comenzando por Bolívar y San Martín, estuvieron ligados a Miranda y a las logias masónicas. Bolívar ingresó presentado por Miranda, a una rama francesa de la logia escocesa de St. Andrews, en la que alcanzó el grado de Maestro. San Martín habría entrado a la Logia «Integridad», de

---

<sup>11</sup> TERRAGNO, *Maitland & San Martín*, cit., p. 173.

<sup>12</sup> Miriam BLANCO FOMBONA de HODD, «El Londres de Andrés Bello», en *Bello y Londres. Actas del II Congreso del Bicentenario de Bello*, por la Casa de Bello, Caracas, Venezuela, 1980, p. 335.

Cádiz, para pasar después a la Logia de Caballeros Racionales N° 3, donde recibió el tercer grado. A su paso por Londres fue promovido al quinto grado, según lo informa Zapiola en carta a Bartolomé Mitre<sup>13</sup>.

James Duff, hermano del general Alexander Duff que participó en las invasiones a Buenos Aires, era un connotado masón. Había sido admitido en la logia St. Andrew N° 52, en 1802. En 1814 sería elegido Gran Maestro Encargado de la Gran Logia de Escocia, cuyo Gran Maestro titular era nada menos que el Príncipe Regente<sup>14</sup>. Como veremos más adelante, fue quien más influyó en el general San Martín para que éste abandonara el ejército español en 1811 y pasara a Inglaterra.

Dice Zapiola que él se incorporó a la Gran Reunión Americana, en la casa de Grafton Street y allí fue promovido al 5° grado, tal como lo había sido el general San Martín.

También están en Londres en esos días Carlos María de Alvear, José Matías Zapiola y Martiniano Chilabert, que se incorporan a la logia y que viajan junto a San Martín, en 1812, en la «George Canning» rumbo a Buenos Aires.

Las redes masónicas se extendieron también a las principales ciudades americanas y, dado el secreto que operaba en todos sus actos, no ha resultado fácil descubrir sus alcances. Sin embargo, se sabe que el agente de Miranda en el Río de la Plata era Saturnino Rodríguez Peña, el masón que liberó a Beresford después de su capitulación en 1807, quien recibía una asignación del general Whitelocke y una pensión del gobierno británico, según Humphreys, citado por Terragno<sup>15</sup>.

---

<sup>13</sup> Bartolomé MITRE, *Historia de San Martín y de la Emancipación Sudamericana*, Editorial Peuser, Buenos Aires, 1946, cit. en TERRAGNO, *Maitland & San Martín*, cit., p. 87.

<sup>14</sup> BLANCO FOMBONA de HODD, «El Londres de Andrés Bello», cit., pp. 66-67.

<sup>15</sup> TERRAGNO, *Maitland & San Martín*, cit., p. 65.

## El Plan de Thomas Maitland

La figura de Thomas Maitland ha sido tratada por Rodolfo H. Terragno en su libro *Maitland y San Martín*, publicado en 1998 por la Universidad Nacional de Quilmes, Argentina.

En esta obra aparece otro personaje importante en el escenario que nos ocupa, como fue Sir John Hippisley, quien estaba vinculado al gobierno de Pitt y había participado en las discusiones que Dundas mantuviera sobre una posible acción militar sobre las posesiones españolas en América. Hippisley había vivido una larga temporada en Roma y allí había conocido a numerosos jesuitas expulsos, que estaban dispuestos a colaborar con los enemigos de España. Entre estos sacerdotes se contaban el mendocino Godoy y el peruano Vizcardo. De ellos recibió Hippisley información muy precisa, sobretodo del primero, acerca de la región de Cuyo y de los pasos cordilleranos para pasar a Chile.

Miranda informó al Ministro Pitt de la colaboración que podrían prestar los jesuitas exiliados, haciéndole entrega de una lista con trescientos nombres, y obsequió a Maitland, cuando era Gobernador de Grenada, un ejemplar de la Carta dirigida a los Españoles Americanos de Vizcardo.

Dundas y Hippisley proveyeron a Maitland de una abundante información sobre Sudamérica, especialmente de la aportada por los jesuitas y por la contenida en los informes de La Perousse sobre su viaje de 1788.

Recién en 1800, en plena guerra anglo-española, Hippisley escribió un memorial a Dundas, sugiriendo una rápida acción sobre Hispanoamérica.

Una copia de ese memorial fue entregada por Hippisley a Maitland con el encargo de elaborar un plan militar que sería elevado al secretario de guerra. Maitland trazó un plan preliminar que consistía en la captura de Buenos Aires y Montevideo, con un ejército de 10.000 hombres, cuya base debía provenir de la India. Una flota de la Compañía de las Indias Orientales debía reforzar la expedición,

para asegurar a la Gran Bretaña, según lo dice su autor, «nuevos y extensos mercados para nuestras manufacturas»<sup>16</sup>.

El ministro Dundas recibió el plan y lo discutió con el propio Maitland. Llegó a expresar que estaba de acuerdo con la apertura de nuevos mercados, pero que prefería adoptar una visión más general de la cuestión, lo que equivalía a decir que aspiraba a un plan para tomar para Inglaterra a toda Hispanoamérica.

Fue entonces cuando Maitland concibió su plan definitivo, que no estaba destinado a dar un golpe a España, sino a apropiarse para su patria de todo su vasto imperio americano. Se sostenía en este nuevo plan que, una vez tomados los asentamientos del Río de la Plata, bastaría tomar el control del Perú para despojar a España de todas sus otras colonias americanas. Esa era la gran novedad del plan de Maitland, pues nadie hasta ese instante había expresado con tal claridad que el Perú era el corazón del imperio español de ultramar.

La otra novedad de este plan estaba en la idea de unir, en Chile, dos ejércitos, el que vendría desde Buenos Aires, cruzando la Cordillera y otro que vendría por mar a Valparaíso, para seguir ambos hacia el Callao. Nadie había planteado, hasta entonces, con tanta claridad, el cruce de la Cordillera, como única forma de ocupar la parte austral del continente y continuar al Perú.

Dundas, ya elevado a la calidad de Visconde Melville, recibió este plan a mediados de 1800, pero cayó en desgracia ante el rey Jorge III, junto a su amigo William Pitt, por pretender la unión de Inglaterra e Irlanda con libertad de culto para los católicos. Ambos debieron renunciar y el plan de Maitland se archivó. Pitt volvió a ser Primer Ministro y conservó el cargo hasta su muerte en 1806, pero Napoleón no le dejó tiempo para pensar en planes americanos.

El 12 de octubre de 1804, Lord Melville se entrevistó con Pitt, llevando como acompañante a Francisco de Miranda y a Sir Home

---

<sup>16</sup> TERRAGNO, *Maitland & San Martín*, cit., p. 66.

R. Popham, el mismo que dos años después comandaría, junto a William Carr Beresford la invasión a Buenos Aires. Se trataba de obtener el apoyo de Pitt para una audaz expedición concebida por Popham y Miranda, según un plan que tenía semejanza con el archivado proyecto de Maitland. Siendo Miranda uno de sus autores, se preveía invadir Venezuela, pero también se planeaba tomar Buenos Aires, capturar Valparaíso y converger sobre Lima.

Lord Melville había aprobado el proyecto. Designó a Miranda jefe de las fuerzas que invadirían Venezuela con grado de general inglés, y nombró a Popham jefe de la expedición a Buenos Aires. Pitt demoró la orden de ejecutar el plan y, al poco tiempo, como se ha dicho, cayó en desgracia junto a su amigo Melville y el plan pasó al olvido, aunque, como veremos, Popham y Beresford no lo olvidaron.

En 1805, cuando Holanda fue ocupada por Napoleón, los británicos pensaron que el Cabo de Buena Esperanza, holandés en manos francesas, podría ser una amenaza para las líneas de comunicación de Gran Bretaña con la India y el Lejano Oriente. Esto dio ocasión a Popham para preparar un plan que, sin duda, resultaría atractivo para el Primer Ministro Pitt. Se trataba de recuperar el Cabo de Buena Esperanza con los pertrechos que habían sido previstos para la invasión del Río de la Plata. Pitt aprobó el proyecto y le confió a Popham la escuadra que debía intentar la captura del Cabo. Al frente de las fuerzas de tierra designó a Sir David Baird, quien convocó a otro oficial que lo había acompañado en la India, William Carr Beresford. Antes de partir la expedición, el ministro Pitt habría dicho a Popham que, en caso de fracasar el objetivo del Cabo, el gobierno británico aprobaría una acción contra las colonias españolas de América<sup>17</sup>.

Estos son los hechos que condujeron a las Invasiones Inglesas al Río de la Plata en 1806 y 1808.

---

<sup>17</sup> TERRAGNO, *Maitland & San Martín*, cit., p. 67.

## Simón Bolívar y José de San Martín.

Inglaterra fue articulando su política de contribuir a la emancipación de Hispanoamérica, con su inicial ayuda a Francisco de Miranda y a Simón Bolívar, con el apoyo a centros de patriotas revolucionarios en Londres, con la participación de voluntarios ingleses en las guerras de Venezuela y Nueva Granada, y después con la presencia de marinos británicos en el dominio del océano Pacífico, formando parte de la escuadra chilena de Lord Cochrane, como se verá en la parte final de esta disertación.

Simón Bolívar, que también frecuentó la casa de Miranda en Londres, buscó la ayuda de Inglaterra y participó en la primera revolución venezolana de 1810, encabezada por Miranda; en la segunda que entró en Caracas en 1813 y en la que recibió el título de «Libertador»; en la tercera, durante la cual cruza los Andes, vence en Boyacá (1819) y da vida a la Gran Colombia que reúne a Panamá, Venezuela, Colombia y Ecuador. Su lugarteniente Sucre, tras la batalla de Pichincha (1822), libera Quito y, después de vencer al Virrey La Serna en Ayacucho (1824), pone término a la Guerra de Independencia de Sud América. En estas cuatro campañas del Libertador Bolívar hubo cuerpos de su ejército formados exclusivamente por soldados británicos. ¿Qué hacían militares de esa nación, sino poner en evidencia la comunidad de intereses de Inglaterra con los revolucionarios americanos? Mientras éstos buscaban liberarse del dominio español, aquélla deseaba vencer a su tradicional enemiga España y quedarse con sus riquezas americanas<sup>18</sup>.

Bolívar encomendó a López Méndez, en 1817, que consiguiese ayuda militar británica, en armas y tropas. La situación inglesa no era muy favorable en ese momento, pues sufría una depresión de postguerra; deseaba encontrar nuevos mercados para sus pro-

---

<sup>18</sup> Sergio MARTÍNEZ BAEZA, «Antecedentes de la Paz con España», *Revista Chilena de Historia y Geografía*, n° 133 (1965), pp. 85-152.

ductos y la desmovilización de la armada y el ejército le causaba problemas laborales de desempleo. López Méndez comenzó el reclutamiento de oficiales, sargentos y cabos suficientes para formar tres regimientos de caballería, uno de rifleros y uno de artillería. El suministro de municiones dio lugar a los reclamos de España, que no fueron escuchados. Una cuantiosa exportación de pertrechos militares salió de Inglaterra hacia Grenada, siendo desembarcados en un puerto neutral y después reembarcados hacia Venezuela<sup>19</sup>.

Entre 1808 y 1811 el futuro Libertador José de San Martín tuvo contacto con numerosos oficiales británicos que participaban en las campañas españolas contra los invasores franceses a la península. Los oficiales hispanos lucharon junto a sus aliados los oficiales ingleses que, bajo el mando de Wellington, llegaron en 1808 para combatir a las tropas napoleónicas. Entre ellos había varios que habían participado en el frustrado intento de invasión a Buenos Aires. Quizás el que más influyó en él para que abandonara el ejército español y pasara a Londres y después a América, fue James Duff, miembro del poderoso clan escocés de los Macduff, Conde de Fife. Este militar combatió junto a San Martín en la batalla de Albuerna y en el sitio de Badajoz.

Duff tenía numerosas amistades en Londres, que iban desde el Príncipe Regente, el poderoso ministro Dundas, Hippisley y Maitland. Además, mantenía estrecha relación con oficiales británicos que habían participado en las invasiones a Buenos Aires, como su hermano el general Sir Alexander Duff. Sir Samuel Withingham, Beresford, Baird y Craufurd.

Withingham peleó junto a San Martín, incorporado a la misma división comandada por el general Francisco Javier Castaños. A las órdenes de Beresford, participó en el segundo sitio de Badajoz. Sir David Baird formó parte del comando británico en España y tuvo contacto con San Martín. Craufurd peleó en España en el sitio de ciudad Rodrigo, habiendo sido enviado en 1807 a ejecutar un plan

---

<sup>19</sup> BLANCO FOMBONA de HODD, «El Londres de Andrés Bello», cit., pp. 31 y ss.

similar al de Maitland, que suponía bordear el Cabo de Hornos, tomar Valparaíso y asumir el control de Chile, haciendo contacto, tras el cruce de la Cordillera, con las fuerzas del Mayor General Auchmuty, para seguir al Perú. Por último, también cabe recordar que Popham, el gran amigo de Miranda y promotor del plan Maitland, llegó a La Coruña en 1810 y tuvo relación con el general Castaños, que fue el jefe de San Martín en la batalla de Bailén.

Si la palabra masónica «Lautaro» equivalía a decir «expedición a Chile», el plan de cruzar la Cordillera para después seguir por mar al Perú debió ser un objetivo de San Martín aún antes de abandonar las filas del ejército español, pasar a Londres y embarcarse hacia Buenos Aires, donde, al parecer, debía comenzar la realización de tan ambicioso proyecto.

No me detendré en el análisis del plan de San Martín de formar un ejército en Mendoza, pasar a Chile y de allí al Perú, por mar, para atacar al poder realista en el corazón del Virreinato limeño. Al informar sobre los proyectos ingleses de sacar provecho comercial de nuestra América, con la derrota de España, se dijo ya que el precursor cuyano, el jesuita expulso Juan José Godoy, y también Francisco de Miranda y Sir Thomas Maitland, habían elaborado planes similares. Es muy posible que, en el breve paso de San Martín por Londres, donde tuvo contacto con Miranda y Maitland, haya podido discutir con ellos este plan estratégico que, luego, tuvo la capacidad de elaborar y realizar con sorprendentes condiciones militares, de organización y de conductor de hombres. Por lo demás, ésta es la tesis que sostiene Terragno en su libro.

Queda muy claro que San Martín buscó el apoyo inglés y ello no hace menos meritoria su acción libertadora. Toda guerra requiere una política de alianzas, lo que no supone una total identificación de ideales e intereses con el ocasional aliado.

Él mismo lo había aprendido en España. Durante años luchó junto a los franceses contra los ingleses, para terminar peleando al lado de los ingleses contra el invasor francés. En 1808, cuando Napoleón invadió dos tercios de España, los superiores de San Martín

no vacilaron en pedir ayuda a Inglaterra, su enemiga secular, sin por eso volverse pro-británicos.

Era una necesidad insoslayable para Hispanoamérica contar con la ayuda de una potencia como Gran Bretaña, en su lucha por la emancipación, y a ella debieron recurrir sin dudarlos dos veces.

En 1818, después de Maipú, San Martín escribió al Comodoro William Bowles, Comandante en Jefe de la estación sudamericana de la Armada Real y le hizo saber que el agente del gobierno de Chile en Londres, Antonio José de Irisarri, estaba facultado para ofrecer a Gran Bretaña la cesión de la isla de Chiloé y el puerto de Valdivia, así como una reducción de derechos para todos los buques británicos durante treinta años, a cambio de asistencia militar. Además, le dijo que un príncipe de la familia real sería bienvenido como monarca sudamericano, en un régimen constitucional. Su amigo O'Higgins no compartía esta última aspiración y se negó a firmar los poderes que ya se habían extendido a Irisarri<sup>20</sup>.

En sus campañas de Chile y Perú, el Libertador tiene a su lado a dos amigos ingleses importantes, James Parroissien y William Miller, a los que hará generales del ejército del Perú. Parroissien y Saturnino Rodríguez Peña, actuaron como agentes confidenciales del almirante inglés Sir Sidney Smith, Comandante en Jefe de la estación sudamericana de la Armada Real británica, y fueron partidarios de que la hermana de Fernando VII, Carlota Joaquina de Borbón asumiera como Regente del Río de la Plata, con apoyo de la escuadra británica. Miller había actuado en España a las órdenes de Beresford y participado en el segundo sitio de Badajoz junto a San Martín.

### **Lord Cochrane, O'Higgins y la talasocracia chilena.**

En lo que se refiere a Chile, debo recordar que el joven Bernardo Riquelme, que aún no usaba el apellido de su padre,

---

<sup>20</sup> R. A. HUMPHREYS, *Liberation in South America*, Londres, 1952, p. 120.

O'Higgins, había frecuentado la casa de Miranda de Grafton Street, en Londres, en 1799, y había recibido allí sus lecciones. El 19 de marzo de ese año, Miranda apremia al ministro Pitt para que apoye a los revolucionarios americanos, y le dice: «un joven peruano (en realidad se trataba del chileno Bernardo Riquelme) que se encuentra en Londres, se encargará gustoso de llevar a sus compañeros la decisión que Inglaterra quiera tomar». En el borrador que quedó en su archivo agregó una nota: «Don Bernardo Riquelme, natural de Santiago de Chile, se ofreció para llevar noticias, pero, no habiéndolas, dejó Londres poco después»<sup>21</sup>.

Es éste el momento en que entra en escena un ilustre marino británico, Lord Thomas Alexander Cochrane, quien había hecho una brillante carrera naval, mereciendo una distinción extraordinaria de la Corona, como fue la condecoración de la Orden del Baño. Conoció a Miranda y le prestó ayuda tras su frustrado intento de invadir Venezuela en 1808. Retirado por un tiempo de la marina inició una carrera política que le llevó a ser diputado por el distrito de Honiton en Devonshire, primero, y después en el de Westminster, incorporándose a la Cámara de los Comunes. Allí su voz fue tonante para denunciar una serie de abusos que se cometían en la administración naval. Con esta actitud se hizo de numerosos enemigos, tanto en el Almirantazgo británico como entre sus opositores políticos, que consiguieron mezclarlo en un escándalo financiero de proporciones. La sentencia de culpabilidad fue dictada sin pruebas concluyentes y se le impuso la pena de un año de prisión y multa de mil libras esterlinas. El Almirantazgo lo borró de la lista naval, la Corona lo marginó de la Orden del Baño y fue expulsado de la Cámara de los Comunes.

Cumplida la sentencia, Cochrane se incorporó otra vez de lleno a la vida política, siendo reelecto al Parlamento por el distrito de Westminster, desarrollando allí una actividad intensa, hasta que,

---

<sup>21</sup> Luis VALENCIA AVARIA, *Bernardo O'Higgins, el Buen Genio de América*, Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1980.

en 1817 recibe la invitación y la acepta, de pasar al servicio de Chile. Para iniciar su viaje, se dirige a Francia y en el puerto de Boulogne embarcó el 15 de agosto de 1818. Le acompaña su familia y un selecto grupo de oficiales británicos y, después de tres meses de navegación, desembarca en Valparaíso el 28 de noviembre de ese año. En diciembre se le nombra Comandante en Jefe de la Armada de Chile y se le otorga el grado de Vicealmirante chileno.

En su acción al servicio de Chile, Lord Cochrane, después de formar una poderosa escuadra y barrer con toda la fuerza naval española en la región, tuvo el deseo de formar en el Pacífico un imperio marítimo chileno, una llamada talasocracia, que tuviese como modelo a la del imperio británico, cuyo apoyo se ofrecía a obtener. Esta nueva iniciativa geopolítica inglesa iba encaminada, a obtener el control de la gran cuenca del Pacífico y sus mercados vecinales<sup>22</sup>.

La escuadra chilena, acabado el poder de España, según Cochrane, impondría en el Pacífico el orden comercial, favoreciendo un tráfico mercantil de corte liberal, abierto a todas las naciones. Su proyecto se apoyaba en la fuerza naval chilena, pero exigía, además, la incorporación a Chile de Valdivia y Chiloé, cuya campaña aún no concluía y que Lord Cochrane no alcanzó a dirigir antes de su partida de Chile. Fuera del territorio nacional, su idea era la de conquistar las islas Filipinas, para desbaratar el dominio español en el otro extremo del océano y obtener bases navales en el Callao y en Guayaquil. Ante la interrogante de si sería posible a Chile, una pequeña y nueva nación situada en el fin del mundo, sostener tal pretensión, el marino inglés no se inmutó y se limitó a decir que sí,... ¡naturalmente, que contando con la protección inglesa!

Este plan lo compartió Cochrane con los generales San Martín y O'Higgins, quienes lo acogieron con entusiasmo. San Martín, que había perdido su conexión con las Provincias Unidas, tras el Acta

---

<sup>22</sup> Según la Enciclopedia Salvat la expresión «talasocracia» significa «imperio de una nación sobre los mares, con exclusión de las demás» (*tálassa* es mar y *krátein* es dominio). *Enciclopedia Salvat Diccionario*, Salvat Ed., Barcelona, 1976, t. 12.

de Rancagua, e iba como general de Chile al mando de la Expedición Libertadora del Perú, seguramente apoyó la idea, dándole un sentido más americanista, el mismo que había sido expresado en el Congreso de Tucumán al dar un nuevo nombre a las ahora llamadas Provincias Unidas de Sudamérica. En tal caso, la 'talasocracia' sería ejercida por el conjunto de naciones que él estaba empeñado en liberar de España<sup>23</sup>.

Cabe tener presente que el derecho de Chile para encabezar tal empresa estaba cimentado en el hecho de ser el país que había sido capaz, con la prodigiosa participación de Cochrane, de crear una escuadra victoriosa que había acabado con el poder naval de España en esta parte del océano Pacífico. Por otra parte, el interés chileno para lograrlo tenía muy claros antecedentes económicos. La mayor exportación nacional era el cobre, cuyo mercado principal era la India, sin perjuicio de los demás productos de intercambio con las Filipinas y la China.

La primera dificultad sería que surgió en la ejecución de este ambicioso plan fue la desinteligencia de Lord Cochrane con el general San Martín en la segunda mitad de 1821, que lo apartó de éste para salvar la escuadra chilena. Al asumir San Martín el mando supremo del Perú, con el título de Protector, dice Alamiro de Avila que pretendió que Cochrane se pusiese a su servicio para llevar adelante la conquista de las Filipinas, lo que el Almirante rechazó indignado<sup>24</sup>. Mientras para el Libertador ésta era una empresa americana, para Cochrane se trataba de una empresa chilena. O'Higgins, pese a su estrecha amistad con el Protector, lamenta que la rendición del Callao se hubiese producido a San Martín y no al almirante, lo que habría sido un gran paso en el proyecto. En cuanto a la obtención de una base chilena en Guayaquil, la idea de

---

<sup>23</sup> Justo PASTOR BENÍTEZ, «Bolívar y la Revolución Hispanoamericana», en *Estudios sobre el «Bolívar» de Madariaga*, Imprenta Nacional, Caracas, Venezuela, 1967.

<sup>24</sup> Alamiro DE AVILA MARTEL, *Cochrane y la Independencia del Pacífico*, Editorial Universitaria, Santiago, Chile, 1976, p. 99.

O'Higgins era lograr una concesión y pensaba en la isla de Puná, en el río Guayas, lo que menciona varias veces a Cochrane.

Hasta fines de 1821 y aún más tarde, O'Higgins y Cochrane siguen acariciando este proyecto oceánico. El primero escribe al segundo el 12 de noviembre de 1821: «si Guayaquil estrecha sus relaciones con Chile en un modo que ningún otro gobierno pueda disolverlas, cuyo asunto dejo a su discreción y talentos políticos y militares, entonces... podremos actuar contra las islas Filipinas»<sup>25</sup>.

Años más tarde, en carta de O'Higgins a un corresponsal británico, Sir John Doyle, enviada desde su exilio en Perú, fechada en 1831, a la que acompaña un memorial sobre su plan de inmigrantes irlandeses para el sur de Chile, aún hay ecos del ambicioso proyecto oceánico que había compartido con el ilustre marino británico Lord Thomas A. Cochrane. Sólo que, mientras éste pensaba en los intereses mercantiles de su patria, la poderosa Inglaterra, dueña de los mares,... ¡O'Higgins, más localista, pensaba en la grandeza de su patria chilena!<sup>26</sup>

## Conclusión

Hasta aquí estas pinceladas con las que he querido hacer un boceto de la emancipación de nuestra América española, poniendo énfasis en la colaboración inglesa, como causa importante de este proceso.

En una primera parte, he querido destacar por sobre otras motivaciones de la emancipación americana, la tradicional enemistad de Inglaterra y España y el interés de la primera por los mercados que este proceso abría a sus productos industriales, lo que se refleja en los planes de Hippisley, Maitland, Dundas y Popham, entre otros.

---

<sup>25</sup> ARCHIVO NACIONAL DE CHILE, *Archivo Vicuña Mackenna*, 88-9.

<sup>26</sup> ARCHIVO DE DON BERNARDO O'HIGGINS, *Dundonald Papers*, Imprenta de la Armada de Chile, Valparaíso, 2005, t. XXXVI, p. 78.

Después, he querido destacar las figuras de Francisco de Miranda y otros precursores, entre ellos algunos jesuitas expulsos, los que realizaron una activa labor, interesando a las autoridades británicas para colaborar con la revolución americana y, al mismo tiempo, reclutando a los hombres que habrían de encabezarla.

Luego, sólo una mención a las invasiones inglesas al Río de la Plata, por obedecer a los planes de Miranda y Popham, aunque su resultado fuera muy distinto a lo esperado por ellos.

A continuación se hacen presentes las figuras de los Libertadores Simón Bolívar, el prócer del Norte, y José de San Martín, el prócer del Sur, con su acción genial, que incluye, nada menos, que cuatro extraordinarias hazañas: la formación del Ejército de los Andes en Mendoza, la epopeya del Cruce de la Cordillera, la emancipación de Chile y la Expedición al Perú, todo lo cual concluye con su alejamiento del escenario político y militar, en Guayaquil, para dar paso al genio indiscutido de Bolívar. Ambos próceres estuvieron estrechamente unidos a Inglaterra.

Finalmente, cerrando un círculo que vuelve, necesariamente, a la presencia e intereses ingleses en nuestro suelo, he mencionado a Lord Thomas A. Cochrane y a su proyecto de lograr una «talasocracia» chilena en el Océano Pacífico, bajo protección inglesa, sueño no tan peregrino, al que adhirieron con entusiasmo el Libertador general San Martín y, también, el prócer chileno Bernardo O'Higgins, aunque ambos no le dieran el mismo significado y alcance.

De todo lo expuesto debiera fluir, como conclusión que una importante causa de la emancipación americana fue el apoyo de Inglaterra a la causa revolucionaria, en una notable coincidencia de intereses, ya que esa nación buscaba arrebatar a su tradicional enemiga, España, sus posesiones ultramarinas y abrir un amplio mercado a sus productos manufacturados, tras la pérdida de sus propias colonias del norte; al tiempo que los patriotas revolucionarios requerían su ayuda para alcanzar sus proyectos libertarios. Puede aplicarse a esta situación de ventajas convergentes el adagio

de que «el enemigo de mi enemigo, es mi amigo». Y, ello, evidentemente, no puede ir en desmedro de los próceres americanos que buscaron el apoyo británico a sus sueños emancipadores. Así parecieron entenderlo los historiadores del siglo XIX que, por tal razón, minimizaron la importancia, o simplemente eludieron señalar ese interés británico como causa directa de la emancipación continental.

Creo que la exposición de estos hechos debe llevarnos a la conclusión de que la acción de Inglaterra en nuestro proceso emancipador no puede ser considerada sólo como una ayuda desinteresada a quienes querían formar en América nuevas naciones autónomas —tal como lo plantearon los historiadores del siglo XIX—, sino como la principal y olvidada causa de nuestra Independencia, no la única, desde luego, pero sí de determinante importancia. Se entiende que haya querido ser silenciada como tal, con el sano propósito de evitar afectar la imagen de nuestros próceres.

Quisiera que estas reflexiones fueran un modesto aporte a la conmemoración del Bicentenario de nuestra histórica Primera Junta Nacional de Gobierno, surgida del Cabildo Abierto del 18 de Septiembre de 1810, con la que se inicia el proceso de nuestra emancipación, así como de la instalación de otras Juntas Nacionales de Gobierno en nuestro Continente.